

Desde que el hombre adquiere el hábito continuado de hacer algo para procurarse la subsistencia, se aboceta la función social especial, que denominaremos el trabajo. Las distintas maneras de trabajar y los distintos productos obtenidos, y la diversidad de necesidades y apetitos, produce el *cambio*, el cual toma diversas formas según sean las necesidades, las cuales se multiplican á medida que se satisfacen, lo cual recuerda la fórmula de los modernos naturalistas, de que si bien es verdad que en fisiología el órgano realiza la función, no lo es menos que la función crea el órgano. Con el estudio de los diversos estados de la vida económica y una somera indicación de las necesidades humanas, tendremos una idea de los factores del cambio, ó sea, de los elementos del comercio.

Las funciones económicas en la sociedad, he considerado que podían dividirse en

A. *Fundamentales*, ó sea las que corresponden á estados definitivos de la vida económica, como: 1.º, la guerra y caza; 2.º, la pesca; 3.º, la domesticación de los animales, el pastoreo; 4.º, la manufactura ó más propiamente la industria fabril; y 5.º, la agricultura.

B. *Funciones intermediarias*, que comprenden el *transporte* y el *comercio*.

C. *Funciones supereconómicas*, que comprenden las funciones intelectuales y morales, que tienen algún carácter económico, pero que indudablemente pertenecen á un orden superior: 1.º, trabajo artístico; 2.º, científico; 3.º, funciones morales y religiosas.

nos y aparatos destinados á funciones externas (sistema nervioso, etc.), y el *endodermo* de donde lo toman los órganos de la vida vegetativa é interna. Esta importante correlación de los fenómenos de la vida orgánica y de la vida social fué objeto de una conferencia que di en el Ateneo Barcelonés hace diez años, bajo el tema de *Un problema biológico y un problema social*, de que se ocupó la prensa científica del extranjero, especialmente la de los Estados Unidos; y es de advertir que éste y otros ensayos que he publicado acerca de la correlación de las leyes y de los fenómenos naturales y sociales, casi todos datan de época en que no se conocían en España, y mucho menos en Barcelona, donde resido, las obras de Schoefle, especialmente su libro *Estructura y vida del cuerpo social*, publicado en Tubinga en 1875, con el título *Bau und Leben des sozialen Körpers*.

CAPÍTULO II

Las necesidades humanas y los estados de la vida económica.—Las necesidades humanas más apremiantes son las que nacen de la naturaleza, *biológicas*; las de la inteligencia, *psicológicas*; las que provienen del estado social, *sociológicas*, ó mejor dicho, *sociales*.—Clasificación de Letourneau.

Estados y condiciones de la vida económica, demostrados por la arqueología prehistórica y protohistórica, la etnografía y la antropología.—Dichos estados y condiciones explican la naturaleza, extensión y condiciones de los cambios.

Con la diversidad de funciones en la vida económica, y con la diversidad de productos de la naturaleza y de la industria humana, se extiende el cambio hasta lo infinito.

15.—La economía política, en el fondo, no es más que un estudio superior de las relaciones humanas en cuanto tienden á la satisfacción de las necesidades de la vida.

Es imposible conocer la esencia de los fenómenos económicos sin un estudio previo de las necesidades de la vida orgánica y de la vida social, y de las condiciones bajo las cuales estas necesidades se satisfacen. Estas condiciones pueden dividirse en *subjetivas* y *objetivas*. Las subjetivas son cuatro, á saber: 1.ª, la existencia de la necesidad, y por lo tanto, la existencia de un órgano, de un aparato ó conjunto de órganos que estén en disposición de funcionar. Es evidente que si un animal superior careciese de estómago, no tendría hambre, lo propio que si un animal inferior careciese del tubo ó canal digestivo; 2.ª, la sensación de esta necesidad, el sentimiento ó la conciencia de la misma, según que se trate de físicas, intelectuales ó morales; 3.ª, un cierto grado de instinto, de aptitud orgánica ó de inte-

ligencia para saber escogitar los medios; y 4.^a, un esfuerzo para procurarse los medios ú objetos que han de satisfacerla.

Las condiciones objetivas son: 1.^a, la existencia de un objeto ó de un medio que satisfaga la necesidad; 2.^a, la ausencia de obstáculos que impidan la aproximación y el alcance de dichos objetos y medios.

Toda la vida económica tiene como factores estas condiciones, y se extiende y desenvuelve con ellas.

16.—Las necesidades más apremiantes son las que nacen de la vida orgánica, las que nuestro cuerpo tiene, como sujeto que está á las leyes de la naturaleza. Las denominamos biológicas, porque son del dominio de la fisiología.

Siguen luego las que despierta en el hombre su inteligencia y sus sentimientos afectivos, á las que denominamos psicológicas, pues son del dominio de la psicología (1); y por fin, denominamos *sociales* las que nacen, se extienden y se verifican en la vida social.

El Dr. Carlos Letourneau, en su libro *La ciencia social según la etnografía* (2), hace una clasificación de la vida humana, que en el fondo contiene una división completa de las necesidades humanas.

La divide en vida nutritiva, vida sensitiva, vida afectiva, vida social y vida intelectual, y estudia las necesidades correspondientes á cada uno de estos aspectos de la vida humana.

Mi clasificación es más concisa; comprende todos los extremos que abarca la de Letourneau, y sigue un orden más natural, ya que los fenómenos sociales deben estudiarse después de los psicológicos, porque son más complicados que éstos.

La *alimentación* es la primera de las necesidades humanas, que se satisface con productos animales y vegetales. El hombre empieza por alimentarse con la leche de la madre, y en las edades primeras de la humanidad, en que el hombre no era más que un niño con el vigor y la fuerza de una fiera, el hombre

(1) Consúltese el excelente libro de Heriberto Spencer *Principes de psychologie*, traducción del inglés por T. Ribot y Espinas, y el no menos notable de Enrique Taine *L'Intelligence*.

(2) *La sociologie d'après l'ethnographie*, par le Docteur Charles Letourneau; Bibliotheque des sciences contemporaines; Paris, chez Reinwald, 1880.

preeconómico, el hombre de los *oasis* y de los *paraisos* comió los frutos pendientes ó los productos naturales de los árboles y arbustos. Cuando escasearon ó disminuyeron estos frutos, se lanzó al pillaje, á la guerra y á la caza, porque sintió la necesidad; entonces las hordas más fuertes vencieron á las más débiles; consumieron los frutos que tenían escondidos, y luego de consumidos se dedicaron á la persecución de animales, cuya carne devoraron, así como la de los vencidos cuando escaseó aquélla. Es muy probable, pues, que el hombre permaneció indolente en los puntos donde la vegetación despliega sus formas majestuosas bajo el fuego abrasador que desciende del cielo de los trópicos, y cerca de las fuentes y de los ríos; en los espesos bosques, semejantes á los que hoy admiramos en el Brasil; en las frondosidades descritas por Humboldt en sus *Cuadros de la naturaleza*, allí no fué posible el progreso mientras el hombre encontró espontáneamente los frutos del árbol del pan (1), del cocotero (2), del palo de vaca de la América equinoccial (3), de los plátanos (4), y sobre todo, de las palmeras (5), ó de aquellas especies análogas de plantas que en las primitivas épocas existiesen. Es de suponer que los sitios frondosos, en que abundaba la vegetación y la humedad, y por consiguiente, los manantiales de agua, debiera ser el teatro de grandes luchas entre el hombre y las fieras de las selvas y de los hombres entre sí, y cabe suponer que las agrupaciones de hombres ó tribus que pasaron de un terreno fértil á otro estéril ó insuficiente para su alimentación, sintieron el acicate de la necesidad y se

(1) Según Marion, *Las maravillas de la vegetación*; Paris, Hachette, 1873, en la fértil isla de Otaíti abunda en grado extraordinario. La cosecha de frutos se recoge durante ocho meses consecutivos, sin que sea necesario labrar, sembrar ni coger el fruto.

(2) Los naturales de las islas Nicobar satisfacen todas sus necesidades con los frutos del cocotero. *Voyage de circumnavigation de la frigate autrichienne le «Novara»*.

(3) Llamado también *árbol de la leche*. Vide Alejandro de Humboldt, obra citada.

(4) Véase la descripción que hace de este vegetal herbáceo F. Marion, *Maravillas de la vegetación*, pág. 93 y siguientes.

(5) Según Louis Menard, *Histoire des anciens peuples de l'Orient.*; Paris, 1883, *La región del Tigris y del Euphrates*, p. 236, en la Caldea abunda la palmera, cuyos frutos bastan para todas las necesidades de la vida.

lanzaron á la lucha, á la caza y á la pesca. El hombre, á quien podemos hoy calificar de omnívoro, fué frugívoro, mientras no necesitó esfuerzo alguno para proporcionarse alimentos, y la necesidad le obligó á ser guerrero, cazador y pescador. El hambre y la guerra produjeron el canibalismo y la antropofagia (1), y en todos tiempos desgraciadamente ha habido hambres y guerras; sobre todo en los primeros tiempos de la humanidad el estado natural debió ser de guerra perpetua, y la imprevisión, la falta de trabajo, las talas de bosques (2) y otras causas debieron producir hambres espantosas y escenas horribles.

Bajo el punto de vista de la alimentación, el uso de la carne de los animales anuncia un progreso sobre el canibalismo (3), y la caza anuncia un progreso sobre el pillaje, la guerra y el robo, y sobre todo si constituye una ocupación habitual, la aprehensión de animales para alimentarse con la carne de sus miembros. La necesidad, y especialmente el deseo que tiene un salvaje de proporcionarse la caza de venado de que está muy sobrado otro salvaje, le induce de primer enturbio á apoderarse á la fuerza del objeto de sus deseos; pero si el otro es fuerte y no quiere ceder, procura el más astuto robárselo con maña (4); y si ambos son igualmente astutos, acaban por con-

(1) Véase los casos de antropofagia que cita Letourneau en su *Sociologie d'après l'ethnographie*, chap. 8.º, lib. III, págs. 145 á 152 y cap. 12, pág. 190 y siguientes, que trata de la antropofagia y del canibalismo en la Melanesia, en Africa, en la Polinesia, en América y entre las razas mongólica y blanca, y señala, entre otras causas, el hambre, la gula, la venganza, la guerra, etc.

(2) Las guerras y la caza han producido en todos los países talas de bosques. Aun hoy, los cazadores de las orillas del Mississipi pegan fuego á las hierbas de las llanuras y de los bosques para ahuyentar á los pájaros. Vide *Tour du Monde*, primer semestre de 1860, 1.ª columna, pág. 188.

(3) Los habitantes de las islas Viti ó Fidji, no han renunciado todavía al canibalismo (Véase *Tour du Monde*, primer semestre de 1860, pág. 198, segunda columna), en términos que un tal Ra-undrenudu había comido más de ochocientos veintidós hombres; y entre los habitantes de dichas islas, no revela solamente un sentimiento de venganza, sino un refinamiento del gusto (pág. 198, obra citada). Los jefes sólo ceden á sus súbditos una parte de este delicado plato, carne humana (pág. 199), y se sirven para ello de tenedores monstruosos (pág. 198, segunda columna).

(4) Aun hoy los esquimales intentan robar los objetos que llevan los viajeros y náufragos, y cuando ven que no pueden lograrlos por este medio, entonces proponen buenamente el cambio de sus costillas de ballena y sus cuernos de narval, por cuchillos, sierras, carabinas y lana que obran en poder de aquéllos. Véase Ross, Viaje de circunnavegación; *Tour du Monde*.

venir en ceder uno al otro parte del venado que le sobra, por las aves muertas de que tiene gran acopio el segundo.

El cambio aparece tan luego como un hombre da á otro lo que le sobra y recibe á cambio lo que á éste no le hace falta, y es de suponer que el cambio ha de haber sido uno de los contratos fundamentales y primitivos, y una de las bases de Derecho civil de todos los pueblos de la tierra; al propio tiempo que es un gran paso en el camino de la civilización. En las sociedades primitivas, así en las de las edades prehistóricas como en el seno de las tribus salvajes que han quedado estacionadas en la senda de la cultura, el cambio de armas y de alimentos debió ser y es la primitiva forma de comercio.

17.—De la caza á la pesca no hay más que un paso; pues la pesca no es otra cosa que una caza de animales que viven en el agua, y como quiera que la naturaleza y el hombre proceden siempre comenzando por lo más sencillo y fácil, y acabando por lo más complicado y difícil, hemos de suponer que la primitiva manera de pescar fué sumergiéndose el hombre en las charcas, lagunas, ríos y en el mar, y dando materialmente caza á los peces; y como quiera que el hombre es espontáneo y naturalmente torpe y desmañado, como que todo un Newton necesitó que le cayese una manzana en la nariz para comprender la ley de la gravedad de los cuerpos, debió ocurrir allá, en las edades primitivas, algo de extraordinariamente sencillo y rudimentario para que se le antojase el pescar los peces, lo cual no debió ser cosa muy fácil antes de la invención del anzuelo y otros útiles. Entiendo que la pesca debió comenzar en las orillas y costas de las islas, porque en las islas, especialmente en las de corto y reducido territorio, debió notarse con frecuencia el fenómeno del aumento de población y disminución de subsistencias, y es muy probable que agotados los frutos de los árboles y la caza, el hambre lanzó al hombre al agua en busca de peces. Algo de esto debe haber sucedido en las islas Andaman, cuyos habitantes son ictiófagos, bien que cuando escasea el pescado comen los lagartos y ratones que pululan en el bosque (1). La lectura de relatos de viajeros y naturalistas, á la

(1) Es notable que los habitantes de estas islas comen lagartos y ratones cuando escasea el pescado, siendo así que en sus bosques se encuentra el Ni-

cual he tenido particular afición, me ha hecho concebir una idea sobre el origen de la pesca. Teniendo en cuenta por una parte que en muchos ríos, casi en la mayor parte, abunda el pescado á medida que se aproxima á la desembocadura, y que en las primitivas sociedades el mar debía infundir un gran miedo al hombre, especialmente en los días de tormenta, es de creer que éste no empezó á pescar en las orillas del mar sino en los lagos, charcas y pantanos, y fué siguiendo por arroyos, ramblas y ríos, hasta que la necesidad le llevó á pescar en el mar, en donde encontró la gran provisión (los Mangutsianos, que habitan á orillas del río Amor, pescan en el río y se van aproximando al mar, porque á medida que se acercan á él encuentran mayor cantidad de pesca); y teniendo en consideración, por otra parte, que en muchos lagos se encuentra pescado, y que las aguas no siempre permanecen en el mismo nivel, es probable que el hombre comenzase por coger con las manos los pescados que saltan y van dando tumbos por la arena cuando la marea baja en el mar, ó que permanecen atascados en el fango ó en los juncales de los pantanos y lagunas cuando se retira el agua en épocas de sequía, y que agotada la pesca en charcas y lagunas de poca profundidad, tuviese que ingeniarse luego para pescar en los ríos caudalosos y en el mar.

La pesca constituye una diferenciación en la caza y en la guerra, y desde luego que el hombre encuentra un útil para pescar los peces en la profundidad de los ríos y de los mares, en donde se encuentran en gran cantidad, y adquiere un hábito continuado de pescar, toma el *cambio* nuevas y variadas formas, se marca en la sociedad humana una mayor división en el tra-

coban, una especie de árbol del pan; pero es muy posible, y esto viene á comprobar mi teoría de los oasis y las islas, que los primitivos habitantes vivieran de los frutos del árbol del pan, que con el aumento de la población y la imprevisión con que obran siempre las sociedades primitivas, se extinguieran extraordinariamente estos árboles y sus frutos, y que los habitantes de las islas se dedicaran á la caza, la cual, siendo á la vez insuficiente, les obligara á dedicarse á la pesca; y habituados ya á la carne de los animales y de los peces, no hagan hoy caso del árbol del pan aun cuando apriete el hambre, prefiriendo los lagartos y ratones de los bosques. Acerca de la existencia de oasis aun en las estepas más solitarias, véase Federico de Hellvald, *Historia de la civilización humana*, edición española, nota 207 y siguientes del libro 1.

bajo, y se diversifican las ocupaciones, los productos y los útiles para obtenerlos.

Constituye un progreso importantísimo en el consumo la alimentación ictiófaga, pues desaparece gradualmente el canibalismo y aparece ya la alimentación en sus diversas fases de frugífera, carnívora y piscívora, ó por otro nombre, ictiófaga.

18.—El estudio de los restos denominados prehistóricos nos demuestra y comprueba la exactitud de lo que llevamos dicho, y al propio tiempo nos hace patente la inferioridad de la condición del hombre primitivo y no civilizado, que no conoce ni practica la división del trabajo. Cuando los instrumentos son imperfectos y poco adecuados; cuando un mismo *útil*, *aparato* ó *instrumento* ha de servir para diversos usos á la vez; cuando se carece de prácticas de taller (1), costumbres comerciales y medios de comunicación; cuando las funciones económicas están poco divididas y diferenciadas, el hombre *necesita mucho esfuerzo para obtener poco resultado*, y á medida que la civilización adelanta, se obtiene mayor resultado á cada paso con menor esfuerzo (2). Cuando se compara el arma de sílex primitiva, que debía servir para todo, con la gran variedad de útiles ó instrumentos de trabajo modernos, cada uno con una forma especial adaptada á los usos á que se destina, como puede verse en la obra de Shelley indicada en la nota anterior, sólo entonces se comprende la inmensa superioridad de nuestra época sobre aquellas en que no se conocía la diversidad de medios ni la división del tra-

(1) Puede tenerse á la vista la obra *Prácticas de taller*, incluyendo descripciones de los instrumentos de medición y comprobación, las herramientas de mano, tornos, máquinas de taladrar, cepillar y otras usadas por los mecánicos, por C. P. B. Shelley, profesor de maquinaria en Kings' College en Londres, traducido de la sexta edición inglesa por D. Antonio Cañada y Gisbert; Valencia, 1881.

(2) Léase la obra de Carlos Dunoyer, *De la liberté du travail ou simple exposé des conditions dans lesquelles les forces humaines s'exercent avec le plus de puissance*, tres tomos; Paris, chez Guillaumin, 1845. Por lo que respecta á nuestro objeto, es importantísimo el libro IV, en que se ocupa de la influencia de la cultura sobre la libertad, y á este objeto estudia el grado de cultura de los pueblos salvajes, de los pueblos nómadas, de los sedentarios, etc. Véase también Carey, *Principios de ciencia social*, tres tomos, ó el excelente compendio de la edición de Filadelfia de 1883, que ha hecho D. Miguel Cabezas en un tomo de 517 páginas, con el título de *Principios de ciencia social*; Madrid, Fernando Fe, 1888.

bajo. El instrumento del hombre del período llamado cuaternario, este fragmento de sílex ó de otra piedra, el único útil que empleaba el hombre de aquellas edades (1), considerado como el primer instrumento de trabajo, hubo de servir para toda clase de usos (2), mas luego fué transformándose y subdividiéndose (3). Más adelante ya no se emplearon exclusivamente armas y útiles de piedra, sino que empezaron á usarse los molares del *Elephas primigenius*, del *Elephas antiquus* y del *meridionalis* (4); empezaron á esculpirse figuritas en los primitivos puñales de piedra (5) y á modificarse las formas de los útiles, adecuándose á los diversos empleos que les daba el hombre (6). Se empleó el hueso como materia elaborable, y poco á poco se llegó á emplear los metales, y desde el punzón con que se taladraron las

(1) Gabriel de Mortillet, *Le préhistorique. Antiquité de l'homme*; Paris, chez Reinwald, 1883, pág. 132 y siguientes. Este autor denomina á este instrumento único *chellén*, porque lo encuentra en terrenos que pertenecen á la primera época de los tiempos cuaternarios. Véase *Musée préhistorique*, par Gabriel et Adrien de Mortillet; Paris, chez Reinwald, 1881, planches VI, VII, hasta la X.

(2) Gabriel de Mortillet, *Le préhistorique*, pág. 147, y *Musée préhistorique* citado, planche VI.

(3) Le grand instrument unique, instrument á tout faire c'est successivement dédoublé et a été remplacé par plusieurs autres formes, telles que le lance, la pointe et le radoir; *Musée préhistorique*, planche XI.

(4) *Musée préhistorique*, planche XV.

(5) Waldeck, *Les monuments anciens du Mexique*.

(6) *Musée préhistorique*, planche XVIII. En los terrenos en que se encuentran los restos de huesos humanos mezclados con útiles de piedra, etc., pertenecientes á las épocas más remotas, notamos instrumentos para la guerra y la caza; en terrenos que corresponden á épocas más cercanas nótanse poyos y morteros para machacar (*Musée préhist.*, planche XXII), agujas y arpones (*Ibid.*, planche XXV), para clavar sin duda en el cuerpo de los peces y animales acuáticos, sierras de pedernal (*Ibid.*, planche XXXV), rascadores, taladros, hachas (*Ibid.*, planche XLIX) cada vez más perfeccionadas, y á medida que los terrenos pertenecen á épocas más próximas, aparece mayor número de instrumentos dedicados á usos más variados y diferentes. La vasija sólo apareció en Europa en la época llamada de Robenhausen (G. de Mortillet, *Le préhistorique*, página 558), y por más que en tiempos tan remotos y de civilización casi incipiente faltaban muchísimas cosas útiles, no por esto les faltaba tiempo á los hombres, y quizás más especialmente á las mujeres, para grabar en el duro hueso muñecos extravagantes, riñas de renos, con una corrección de líneas que asombra, y cuerpos de elefantes muy bien dibujados, sino también para adornar sus vasijas y cazuelas de diversas formas con caprichosas líneas y ornamentos (*Musée préhist.*, planches LV, LVI, XXVII, XIX y XXVIII). Hasta una época relativamente muy adelantada no encontramos las pinzas y el anzuelo, período á que denominan Larduanien, (planche LXXXVII).

pieles de renigifero, hasta los primitivos anzuelos, hasta los telares modernos á la Jacquard, las máquinas continuas de anillo para la hilatura y los aparatos variadísimos que emplea la maquinaria moderna para producir fuerza y modificar la materia, todo ello no es más que un resultado de la división del trabajo (1). Cada adelanto, así en las armas como en la industria,

(1) La geología, la paleontología, la etnografía y la antropología han proporcionado preciosísimos materiales para la historia primitiva de la humanidad. La geología ha hecho materialmente la anatomía de la corteza terrestre, y nos explica la naturaleza de los terrenos, las formas del suelo y del subsuelo, las edades de las capas, y por los restos que en ellas ha encontrado, explica las vicisitudes del medio ambiente en que vivieron y viven los seres orgánicos de nuestro planeta; un ensayo feliz del origen y progresos de esta ciencia se encuentra en los *Principios de geología*, de Lyell (*Principes de géologie ou illustrations de cette science empruntées aux changements modernes de la terre et de ses habitants*, par sir Charles Lyell, traduite sur la dernière édition anglaise par M. J. Gineston; Paris, Garnier freres, 1873, dos tomos), en la que se estudia desde las primitivas teorías de la destrucción y renovación sucesiva del mundo y los relatos cósmicos de los códigos religiosos de Oriente, hasta la época moderna en que aparece como ciencia definitivamente constituida. En los dos abultados tomos de que se compone esta obra encontrará el lector numerosos datos y observaciones y un material inmenso para explicarse científicamente la formación y vicisitudes de la corteza terrestre. Pueden estudiarse en obras más modernas cuestiones especiales, como la época glacial (*L'époque glaciaire et les theories glaciaires*, en Tyndall, *Les glaciers et les transformations de l'eau*, 2.^a edición; Paris, Germer Baillière, 1876); la de los terremotos y volcanes (K. Fuchs, *Les volcans et les tremblements de la terre*; Paris, 1876); pero la paleontología con los datos de la geología sabe leer en los restos que guardan las capas terrestres toda la historia y vicisitudes de la humanidad primitiva. Aparte las obras de Evans, que tendremos ocasión de citar más adelante, recomendamos el estudio de la obra del ya citado Carlos Lyell, *The geological evidences of the antiquity of man*, publicada en 1863, y el de los preciosos datos reunidos en la revista mensual denominada *Materiaux pour l'histoire positive et philosophique de l'homme*, fundada por Gabriel de Mortillet y continuada por Emilio Cartailhac, y las obras ya citadas del propio Mortillet, especialmente *Le préhistorique. Antiquité de l'homme*; Paris, Reinwald, 1883. A su vez, la antropología ó rama de la historia natural que estudia al hombre y á las razas humanas (p. 2 de *L'anthropologie*, por el Dr. Paul Topinard, 3.^a edición; Paris, Reinwald, 1879), ha suministrado un contingente importantísimo de datos y observaciones. Y la etnografía y etnología, que son ramas de esta ciencia, han hecho adelantar á las ciencias históricas extraordinariamente, descubriendo nuevos puntos de vista y llenando de luz importantísimas cuestiones envueltas antes en las sombras del misterio. Las referencias bibliográficas son senderos que se indican durante el curso general del viaje, para que el lector, que acompaña al autor, pueda reconocer el terreno por sí mismo, si desea conocerlo detenida y extensamente y bajo una dirección señalada de antemano por quien lo ha recorrido previamente, y evitando así sendas descarriadas y el tiempo que pier-

como igualmente en el gusto estético, debió despertar nuevas y más complejas necesidades, hasta llegar á nuestros días, en que un hombre civilizado ha convertido en necesario todo lo que en el transcurso de las edades fué considerado como superfluo.

A través de los restos de las edades prehistóricas vemos claramente las necesidades del hombre primitivo, cortas en número, satisfechas con escasos medios y con instrumentos muy imperfectos, pero á costa de grandísimos trabajos y penurias; y en cambio podemos observar que el hombre civilizado de nuestros días satisface todas sus necesidades, que son múltiples y complejas, y todos sus caprichos, á costa de muy poco esfuerzo relativamente.

den los que titubean y carecen de itinerario. Me atrevo á recomendar á mis lectores las obras de Peschel, *La Etnología*, como libro general y trabajos especiales publicados en la *Revista Ausland* sobre la *China y su civilización*, 1872; *Problemas que ha de resolver una historia de la geografía*, 1867, núm. 34; *Influencia de la configuración de los países en la civilización humana*, 1867, núm. 39; y además los *Problemas nuevos de la geografía comparada*, Leipzig, 1876 y otros; Laz. Geiger, *Historia primitiva de la humanidad*, 1871; Otto Caspari, *Historia de la humanidad primitiva, teniendo en cuenta el natural desarrollo de la primera vida intelectual*; Leipzig, 1873. Sir John Lubbock en sus importantísimas obras y monografías, que sería interminable detallar y que han hecho célebre su nombre como naturalista y como historiador, especialmente sus dos conocidos libros *Prehistoric times as illustrated by ancient remains and the manners and customs of modern savages*; London, 1869, traducida al francés por Ed. Barbier en 1867 y publicada en París con el título de *L'homme avant l'histoire*, y *The origin of civilization and the primitive condition of man*; London, 1870, traducida al alemán en Jena, 1875, al francés en 1873 por Ed. Barbier con el título *Les origines de la civilisation etat primitif de l'homme et mœurs des sauvages modernes*; París, Germer Bailliére, y al español, por D. José de Caso, de la 4.ª edición inglesa; Madrid, *El progreso editorial*, 1888. León Van der Kindere publicó en Bruselas en 1868 una obra titulada *De la race et de sa part d'influence dans les divers manifestations de l'activité des peuples*; y Fed. Müller una *Etnografía general*, en Viena, 1873. Es de importancia para estos estudios la *Historia general de la civilización humana*, de Klemm; la *Historia natural del hombre*, de Wood, la *Historia del hombre*, de Lord-Kames, las obras de Lenormant, *Principios de la civilización* y otras de que nos ocuparemos más adelante, y muy especialmente las de Federico de Hellwald: 1.ª, *Historia de la civilización en su desenvolvimiento natural hasta el presente*, edición española de la 2.ª alemana; Barcelona, 1876; 2.ª, en colaboración con Guillermo Bar, *El hombre prehistórico, Origen y desarrollo del género humano*; Leipzig, 1874; 3.ª, *La lucha por la existencia en la vida del hombre y de los pueblos*, 1872; 4.ª, *Nuevas investigaciones referentes á la historia de la civilización*, 1873; y 5.ª, *La terra e l'uomo secondo l'opera de Federico de Hellwald*, esposta du Gustavo Strafforlo, dos volúmenes; Roma, Ermanno Loescher, 1878.

19.—Las necesidades humanas, que tienen por causa las exigencias de un órgano corporal, á las que llamamos biológicas, se acentúan y diversifican con el progreso de las sociedades; y á medida que se perfeccionan las sociedades y que la civilización se extiende, nacen otras necesidades, á las que llamamos psicológicas y sociales.

En todas épocas ha habido individuos, agrupaciones más ó menos estables, hordas, tribus y hasta pueblos que han satisfecho más ó menos perfecta y delicadamente sus necesidades, sin inquietarse en aprovisionar una gran cantidad de frutos, de útiles, de artefactos y hasta de conocimientos adquiridos para prever todas las contingencias y poder satisfacer siempre la necesidad cuando se dejare oír con voz imperiosa, y no han faltado en todos tiempos individuos y agrupaciones que han preferido satisfacer sus necesidades á medias antes que tomarse el inmenso trabajo, la pesada fatiga intelectual de pensar en el porvenir y hacer frente á todas las contingencias (1). En el seno de estos pueblos el cambio ha sido siempre poco importante y el comercio ha tomado poco desarrollo. En cambio, hemos visto prosperar y extenderse el tráfico y el comercio (2) en el seno de aquellos pueblos que han tenido especiales condiciones para la civilización, que son los pueblos de mayor capacidad intelectual y de mayor número de necesidades. Los individuos que se contentan con su suerte, sea cual fuere, no han contribuido al progreso y á la civilización difundida por el comercio; por el contrario, los pueblos inquietos á quienes la satisfacción de una necesidad ha despertado otra, éstos son los que en todos tiempos han ido construyendo poco á poco el majestuoso edificio de la cultura humana con su cúmulo inmenso de útiles, artefactos, aparatos, medios de estabilidad, de comu-

(1) Véase J. G. Courcelle Seneuil, *Traité d'économie politique*, págs. 79 y 80. «En réalité, rien n'est plus insupportable á l'homme que de penser á l'avenir par ce que la prevision lui fait sentir, outre l'aiguillon des besoins presents, celui des besoins qui si existent pas encore et lui presente en perspective une suite infinie de difficultés et de travaux».

(2) Carey ha demostrado que con la civilización *aumenta el comercio y disminuye el tráfico*, ó los intermediarios inútiles entre productor y consumidor. Véase *Principios de ciencia social*, por E. C. Carey, compendio de D. Miguel Cabezas; Madrid, 1888.